

Concha Méndez

El Solitario

Edición de Berta Muñoz Cáliz
y Diego Santos Sánchez

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	9
Una biografía singular	11
Introducción	12
Los años de emancipación	16
Los años republicanos	22
El exilio	26
La obra dramática de Concha Méndez	40
<i>El personaje presentado</i> (1927)	42
<i>El ángel cartero</i> (1929)	47
<i>El pez engañado. Comedia infantil en un acto</i> (1933)	49
<i>Ha corrido una estrella. Comedia infantil</i> (1934)	53
<i>El carbón y la rosa</i> (1935)	55
<i>Las barandillas del cielo</i> (1938)	59
<i>La caña y el tabaco. Alegoría antillana</i> (1942)	61
Análisis de <i>El Solitario</i>	64
Argumento y temas	65
Fuentes	74
Estructura y conflicto	80
Personajes e interpretación	83
El tiempo	94
El espacio	101
La palabra poética	107
Posibles lecturas	113
ESTA EDICIÓN	123
BIBLIOGRAFÍA	135

EL SOLITARIO. MISTERIO EN TRES ACTOS	149
Prólogo de María Zambrano	151
<i>Nacimiento</i>	157
<i>Amor</i>	177
<i>Soledad</i>	199
APÉNDICES	241
Hacia la recuperación de la memoria literaria	243
Carta de Juan Bosch a Concha Méndez (1941)	255
Figurines	257

INTRODUCCION

UNA BIOGRAFÍA SINGULAR

Yo soy la fuerza de mí misma,
la antena receptora del milagro.
Yo soy la vida sin remedio.
Mi muerte no será sino un colapso;
porque después de muerta seguiré viviendo,
nadie sabe hasta dónde ni hasta cuándo¹.

Si el conocimiento de las circunstancias biográficas de cualquier autor siempre puede iluminar, aunque sea parcialmente, la interpretación de su obra, en el caso de Concha Méndez vida y poesía aparecen relacionadas de una forma especialmente intensa. La rica e interesante biografía de la escritora madrileña resulta además especialmente iluminadora a la hora de comprender las circunstancias en las que se debatió la España de su tiempo, inmersa como estuvo en el movimiento de artistas e intelectuales españolas que vivieron una etapa de conquistas para la mujer nunca antes conocida. El exilio al que se vio forzada a consecuencia de la Guerra Civil, como tantos miles de españoles fieles a la legalidad republicana, marcó un antes y un después en su trayectoria.

Los testimonios de quienes la conocieron destacan su enorme vitalidad, su rebeldía, su dinamismo, su espíritu aventurero y su generosidad²; cualidades que se material-

¹ Concha Méndez, *Niño y sombras*, Madrid, Héroe, 1936, pág. 41.

² Véanse Valender, 2001, pág. 9; Olmedo, 2010, pág. 216; Nieva de la Paz, 2013, pág. 270.

zaron en muchos aspectos de su obra literaria. Pero más allá de su individualidad, Concha Méndez encarna de forma paradigmática el nuevo modelo de mujer que se fue abriendo camino en Occidente a partir de la I Guerra Mundial: deportista, independiente, audaz, viajera, atrevida en su forma de vestir y de interactuar, amante de la libertad y dotada de voz propia para expresarse en las esferas privada y pública. Pese a su implantación minoritaria, este modelo de mujer moderna finalmente quedó truncado, como tantos otros signos de progreso, por la Guerra Civil y la dictadura. No obstante, los drásticos cambios en la mentalidad femenina que se vivieron en España durante los años veinte y treinta tuvieron en Méndez a una representante cuya trayectoria explica bien las contradicciones de su tiempo, pues sus esperanzas y sus dificultades fueron también las de muchas de sus compañeras de generación.

Infancia y juventud

Concepción Méndez Cuesta nació en Madrid, en la calle Colmenares (muy cerca de Cibeles), el 27 de julio de 1898. Su padre, albañil como su abuelo y su bisabuelo, había conseguido una buena posición económica como constructor, mientras que su madre pertenecía a una familia aristocrática que se había arruinado por la enfermedad del abuelo. Concha (Concepción Josefa Pantaleona era su nombre de pila completo) fue la mayor de once hermanos. Siendo niña veraneaba en la Playa del Sardinero y, según cuenta ella misma, allí comenzó a soñar con viajar en transatlánticos como los que veía arribar al puerto de Santander: «desde los cinco o seis años ya decía que en uno de esos navíos me iría a América»³. Aunque muy pronto tuvo oca-

³ En Ulacia Altolaquirre, 2018, pág. 24.

sión de constatar el destino tan constreñido que la sociedad de su tiempo deparaba a las mujeres; ella misma narra una anécdota harto reveladora:

Recuerdo la visita de un amigo de mis padres. Al presentarlos al señor, este preguntó a mis hermanos: «Pequeños, ¿qué queréis ser de mayores?». No recuerdo lo que contestarían, pero viendo que a mí no me preguntaba nada, teniendo toda la cabeza llena de sueños, me le acerqué y le dije: «Yo voy a ser capitán de barco». «Las niñas no son nada», me contestó mirándome. Por estas palabras le tomé un odio terrible a este señor⁴.

Con siete años ingresó, junto con su hermana, en un colegio francés de Madrid, Santa Genoveva, y fue entonces cuando escribió sus primeros poemas. Al evocar sus años escolares, la escritora destacaba su interés por la geografía, ligado a su ansia de viajar. No obstante, en línea con la tradición impuesta por su familia, tuvo que dejar el colegio a los catorce años, lo que le supuso un duro golpe: «A mí me jubilaron. Y cuando llegó la época de volver al colegio, no volví; ya no tenía nada, me encontraba en un desierto». También se le vetó el acceso a la lectura: «Mis padres no me dejaban coger un libro, ni siquiera el periódico». Pero, frente a cualquier circunstancia adversa, Méndez reacciona siempre con inusitada vitalidad y con una estrategia inteligente: «Cuando toda la familia estaba ya acostada y la casa silenciosa, salía de mi cuarto hacia el despacho de mi padre, que tenía un escritorio estilo americano, y ahí, con los mapas del colegio, empecé a escribir»⁵. Desde entonces la escritura quedaría vinculada en su ánimo con la libertad, con la superación del destino que le marcaban los demás y con la

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*, pág. 27.

expansión de la propia identidad más allá de las circunstancias que pretendían cercarla.

Pese a las muchas limitaciones, la posición acomodada de su familia le permitió acceder a un entorno cultural privilegiado con respecto a la mayoría de las jóvenes españolas de su tiempo. Siendo aún una niña pudo viajar a París junto a su hermana, invitadas por un amigo de su padre. También tuvo la oportunidad de asistir al teatro, una actividad que, a diferencia de la lectura, no estaba considerada como algo impropio de la condición femenina. Según el testimonio de la propia autora, con trece años pudo presenciar un montaje de *Casa de muñecas* en San Sebastián (los fructíferos negocios del padre llevaron a la familia a cambiar los veranos en el Sardinero por la Playa de la Concha, signo de máxima distinción entonces), lo que supuso un gran impacto en su vida. A la salida del teatro, expresó su deseo de ser dramaturga: «Cuando sea mayor —les dije a mis padres— escribiré teatro». No es casual que fuera la obra de Ibsen la que motivó esta decisión: «Fue una revelación, una doble revelación, ya que *Casa de muñecas* me planteó aquello de emanciparse»⁶.

Su interés por la lectura encontró un aliado en la figura de un profesor de literatura, amigo de sus padres, al que conoció cuando tenía dieciséis años; este le prestó libros de literatura rusa (Chéjov y Dostoievski), obras teatrales de Zorrilla y otros textos: «me hizo llegar a las manos algunas lecturas que me transformaban»⁷. Sin embargo, cuando, unos años después, intentó estudiar en la Facultad, fue castigada e incluso golpeada:

⁶ No obstante, la obra del autor noruego apenas influiría en su teatro a nivel temático, tal como ella misma se encarga de señalar: «He escrito varias obras de teatro: *El carbón y la rosa*, *El solitario* y otras, pero en ellas no hablo de emancipación» (*ibid.*, pág. 47).

⁷ *Ibid.*, pág. 40.